

MARA L. GARCÍA. *Escritoras venezolanas de hoy*. Puebla: Universidad Autónoma de Tlaxcala/Brigham Young University, 2005.

Escritoras venezolanas de hoy (2005) ofrece una mirada tanto a la vida personal como la trayectoria profesional de diez escritoras sobresalientes de Venezuela. Como lo afirma una de las entrevistadas, Alicia Freilich, “la ficción requiere reflexión” (22) y esto es efectivamente lo que reflejan las entrevistas con estas escritoras. La mayoría de este grupo de mujeres empieza a publicar en los setenta mientras que otras lo hacen posteriormente, en los ochenta. Algo que tienen en común estas escritoras es el poseer un alto grado de educación universitaria y el ocupar cargos de gran responsabilidad. A pesar de ser escritoras contemporáneas, las entrevistas revelan que cada una es única y especial debido a sus propias experiencias familiares y personales.

Edith Dimo Amarilis e Hidalgo de Jesús indican que la escritura de las mujeres venezolanas de la década de los setenta “entra en una etapa experimental y se vuelve autocuestionante y autorreflexiva” (11). Durante la entrevista, las escritoras contestan preguntas concernientes al significado del acto de escribir, las diferencias entre escritura masculina y femenina, su papel de mujer y escritora en Venezuela con profundidad y clara franqueza. Los múltiples títulos universitarios de la mayoría de las mujeres incluidas en *Escritoras venezolanas de hoy* y la experiencia de muchas de ellas como docentes universitarias, críticas literarias, presidentes y miembros directivos de instituciones culturales literarias contribuyen a que sus respuestas sean más juiciosas, fruto del haber vivido como personas y profesionistas. Así, Rosalina García cuenta con un magíster en letras y posgrado en filosofía; Antonieta Madrid, magíster en literatura latinoamericana contemporánea y doctorado en ciencias sociales; Yolanda Osuna, doctorado en semiología y sociología de literatura y las artes; Carmen Vicenti, doctorado de King’s College de la

Universidad de Londres y Yanira Paz, doctorado en lingüística, en los Estados Unidos. Graciela Torres y Josefina López son, además de escritoras y críticas literarias, doctoras en medicina. Esta última tiene a su cargo la dirección de La Casa del Poeta en Venezuela. Finalmente, Yanira Paz se desempeña como catedrática universitaria en la Universidad de Kentucky en los Estados Unidos.

Como Mara García lo indica en la *Introducción* a su libro, ella desea “recibir una versión de la fuente directa” (15) para incrementar sus conocimientos ya adquiridos a través de la lectura de las obras de las escritoras. Con este objetivo, Mara García presta debida atención a la infancia de las autoras entrevistadas y la influencia ejercida por la familia en la obra de éstas. Muchas veces pasamos por alto cómo se inicia la formación intelectual de las escritoras, pese a que constituye el cimiento de su futuro trabajo profesional. No es coincidencia que muchas de las escritoras recuerden con nostalgia y cariño su infancia y reconozcan la influencia positiva de sus padres y parientes en su hogar. Ellos son la inspiración y modelo a seguir de las entrevistadas.

Para citar algunos ejemplos, Yanira Paz vivió en “una casa de hablas” (70) en donde su bisabuelo era un boticario poeta, su abuelo paterno recitaba coplas y décimas populares y su madre le inculcaba el hábito de la lectura. La casa de Alicia Freilich “fue abierta a escritores, músicos, etc.” (21) y su padre fue una persona muy influyente en su formación por el interés de éste en la literatura y la música (23). Su tío periodista fue el “héroe familiar”, porque escribió cartas pidiendo comida desde su prisión en Polonia. Carmen Vicente afirma que su infancia “fue muy tranquila, muy estable, colegio de monjas y muy conservadora” (101), mientras que Antonieta Madrid nos dice, “Yo recuerdo que tuve demasiado amor, demasiados mimos y, sobretodo, muchos libros...” (50).

Definitivamente, el haberse criado en un sólido ambiente familiar, rodeado de afecto y estímulo intelectual perfila la vocación literaria de las escritoras. De ahí se deriva que la casa se convierte en uno de los espacios preferidos. Rosalina García declara que “mi infancia fue en una casa, una gran casa que está presente en toda mi vida y en mi literatura” (33-34). Alicia Frielich y Antonieta Madrid

coinciden con la opinión de García. Para la primera, “la casa es la metáfora de la mujer o viceversa...” y para la segunda, “la mujer, escriba como escriba, siempre estará atada a la casa” (56).

Antonieta Madrid apunta que la mujer necesita un espacio propio, crear su propio mundo, su propio esquema de vida (55). Además de la importancia de la casa, otro de los espacios favoritos de las entrevistadas es el de la biblioteca. Esta puede verse como refugio personal para las escritoras, un lugar hacia dónde ir, donde pueden recrearse y encontrar alivio y ánimo para sobreponerse a la realidad cotidiana. Antonieta Madrid lo describe como “la evasión, un viaje hacia el mundo” (57); Lourdes Sifontes lo llama su “propio espacio, laberinto personal” (83). En forma similar, para Yanira Paz, los libros con los que creció rodeada le dieron un escape de la pobreza y violencia de su barrio y esperanza (74).

El significado y la necesidad de escribir nacen en este momento, en la infancia, en el hogar, y se vuelve parte del diario vivir, una actividad tan natural y espontánea como “respirar” y a su vez, indispensable para las escritoras. Rosalina García afirma “Yo no puedo estar sin escribir” (34); Alicia Freilich nos dice “es como respirar y vivir”; Josefina López señala que “la escritura es existencia. Es la vida misma y es parte de mi ser, la esencia” (42); Antonieta Madrid declara que “el acto de la escritura es para mí como de iniciación, algo que es sumamente importante” (50); Yolanda Osuna revela que “la escritura es una liberación y es un alivio a una cantidad de angustias y de tensiones” (62) y Yanira Paz confiesa que “escribir es una experiencia vital y necesaria” (70).

El reto de las escritoras consiste en acomodar la escritura dentro de sus otras actividades. Debido a las responsabilidades hogareñas de muchas de ellas en el hogar, el acto de escribir se improvisa. Según las siguientes escritoras, cuando se tiene las ganas de escribir, se puede hacer en cualquier lugar y con cualquier medio. Cuando Yanira Paz escribe, no le importa el papel en donde escriba, porque cualquiera “es bueno” (70); Rosalina García escribe mientras cocina, o se viste o realiza otra actividad (35) y Antonieta Madrid escribe poesía “en una servilleta de papel, en un restaurante, con un café (51).

Si bien las escritoras comparten el haber tenido una infancia feliz y estable, también se diferencian en sus propias experiencias personales, las mismas que tienen un impacto en su vida y obra. Es interesante resaltar que dentro de este grupo de mujeres haya dos de diferentes generaciones con profesión tanto en las letras como en las ciencias: Josefina López es médico-cirujana y Graciela Torres es pediatra. La poesía de López surge como resultado de la enfermedad que la postró en cama, del uso temporal del bastón y de las situaciones vividas como doctora en medicina. Las imágenes de la cama, el colchón, el reloj y la enfermedad se repiten en su obra. Entre sus poemas figuran “Mujer útero de cántaro”, sobre la esterilidad femenina; “El bastón”, inspirado en su propia convalecencia; y “Sólo un número en el hospital”, acerca del trato indiferente que reciben los pacientes en el sanatorio. Mientras el sufrimiento inspira a López, los ojos de los niños tuberculosos capturan el interés de Graciela Torres. Ella confiesa que su poesía trata de retratar la inocencia de los niños y su fuerza para afrontar el dolor reflejado en los ojos.

Alicia Freilich brinda un nuevo e interesante punto de vista con respecto a su identidad, debido a su doble herencia cultural. Proviene de una familia judía y tal como ella misma lo afirma, en su casa había “muchísima cultura judía” (21). Los personajes de sus novelas *Cláper* y *Vieja verde* fueron inspirados en su padre y madre respectivamente, a quienes ella respeta, admira y rinde tributo. Freilich opina que ser escritor de cualquier sexo “es tocar el ring” (29), pertenecer a un grupo “raro” (29), incomprendido por la sociedad. Pero, además de la marginalidad de ser escritor y mujer, Freilich añade la de ser judía, puesto que a los escritores como ella se les clasifica bien como judíos o venezolanos, sin reconocer su verdadera identidad. Según la escritora, aún no se acepta la idea de una literatura venezolana judía: ésta no está integrada, sino segregada.

Graciela Torres introduce el fenómeno lingüístico en la formación creativa de las escritoras, que surge como resultado de haberse criado en países donde se hablan idiomas diferentes. A Torres la llevaron a los Estados Unidos a la edad de diez años, donde estudió y adquirió “la mentalidad anglosajona “para las letras, y por lo tan-

to, considera al inglés como su lengua materna (92). Durante la entrevista, ella reconoce la contribución de este idioma a su poesía:

El inglés me ha ayudado, porque mi poesía era una poesía de síntesis. Yo no me pierdo así en las palabras y en los adjetivos, sino simplemente voy a lo que quiero decir, y creo en mí misma; eso debe venir de esa condición, del conocimiento del inglés. (92)

Cuando regresa a Venezuela para estudiar medicina, la transición no le resulta difícil, pero gracias a su formación anglosajona, no sólo se perfecciona su poesía, sino que también influye en sus ideas acerca del acto de escribir y en su perspectiva sobre la función y el valor de la crítica literaria.

Otro tema interesante que se toca durante las entrevistas es el de las diferencias entre escritura masculina y femenina. Existen opiniones divididas sobre este tema. Tanto Alicia Freilich como Rosalina García concuerdan en que la intensidad es lo que caracteriza a la escritura femenina. Por otro lado, Josefina López apunta más a las diferencias corporales y sexuales, añadiendo que “si anatómicamente y fisiológicamente somos diferentes, tiene que haber una escritura diferente” (45). Para Antonieta Madrid, la diferencia no reside en el cuerpo, sino en los temas escogidos, en los personajes y el estilo de escribir (56). Y lo mismo opina Yanira Paz (73). Sin embargo, la escritora Graciela Torres no encuentra ninguna diferencia: “El hombre no tiene por qué escribir diferente de la mujer, ni la mujer del hombre. Tenemos los mismos motivos, los mismos problemas, los mismos amores” (97). Finalmente, Lourdes Sifontes se considera “neutral” (22) y Yolanda Osuna reconoce las diferencias, aunque no las considera “radicales” (66).

Por medio de las entrevistas, las escritoras tienen oportunidad de dar a conocer sobre sus propios desafíos como escritoras de provincia y de ciudad, sobre sus dificultades en publicar y la recepción de sus obras y acerca del reto de balancear la vida familiar y profesional. Josefina López y Rosalina García hablan extensamente sobre su labor en La Casa del Poeta y la importancia de esta institu-

ción para los poetas jóvenes venezolanos y de otros países.

La riqueza de esta obra reside en que Mara García reúne las voces de mujeres que, a pesar de llevar años publicando en Venezuela en todos los géneros, aún permanecen prácticamente desconocidas fuera del país. Las entrevistas sacan a relucir muchos temas que aún no han sido explorados por los críticos literarios y que nos demuestran que queda mucho por hacer y decir con respecto a la literatura femenina venezolana. Esta obra complementa los textos publicados anteriormente: *Escritura y desafío: narradoras venezolanas del siglo XX* (1996) de Edith Dimo y Amarilis Hidalgo de Jesús, y *Antología del cuento venezolano* (1994) de María Pilar Puig M.

Mónica Rodríguez
Lyon College

Bibliografía

Dimo Edith y Amarilis Hidalgo de Jesús. *Escritura y desafío. Narradoras venezolanas del siglo XX*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1996.